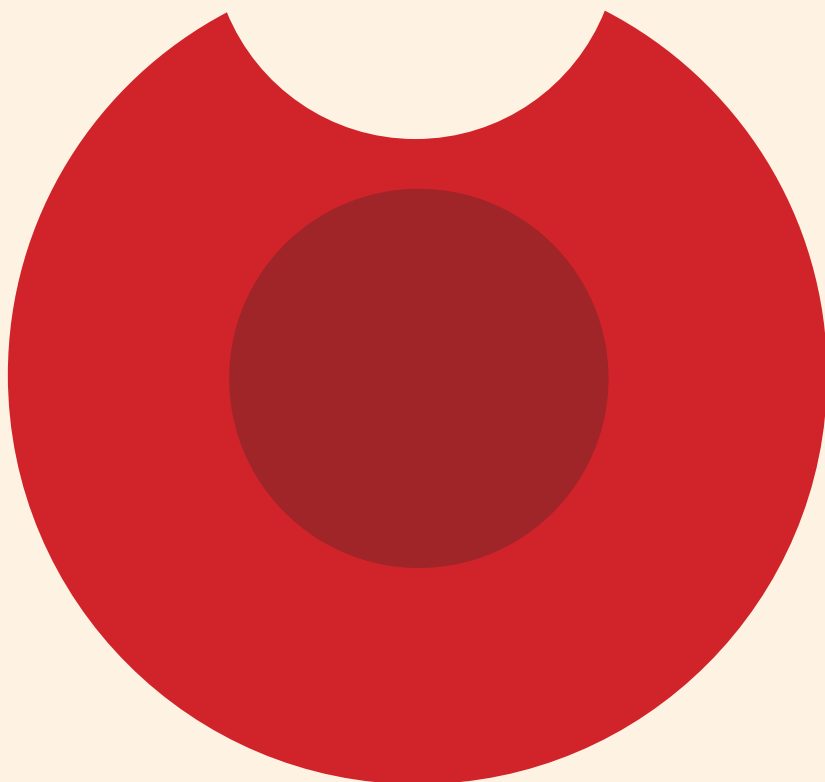


EDICIÓN ESPECIAL IV CENTENARIO

# DON QUIJOTE DE LA MANCHA

MIGUEL DE CERVANTES

Adaptación de Eduardo Alonso



DON QUIJOTE  
DE LA MANCHA



EDICIÓN ESPECIAL IV CENTENARIO

# DON QUIJOTE DE LA MANCHA

MIGUEL DE CERVANTES

Adaptación y prólogo  
Eduardo Alonso

Ilustraciones  
Victor G. Ambrus

Primera edición, 2015

Depósito Legal: B. 3.922-2015

ISBN: 978-84-682-3164-8

N.º de Orden V.V.: HY81

© EDUARDO ALONSO

Sobre la adaptación y el prólogo.

© VICTOR AMBRUS

Sobre las ilustraciones.

© EDICIONES VICENS VIVES, S.A.

Sobre la presente edición según el art. 8 del Real Decreto Legislativo 1/1996.

Obra protegida por el RDL 1/1996, de 12 de abril, por el que se aprueba el Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual y por la normativa vigente que lo modifica. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, incluidos los sistemas electrónicos de almacenaje, de reproducción, así como el tratamiento informático. Reservado a favor del Editor el derecho de préstamo público, alquiler o cualquier otra forma de cesión de uso de este ejemplar.

IMPRESO EN ESPAÑA. PRINTED IN SPAIN.

## PRÓLOGO

Con el pie en el estribo de la muerte . . . . .	IX
Una vida de penurias . . . . .	X
Don Quijote de la Mancha . . . . .	XII
Esta adaptación . . . . .	XVII

## DON QUIJOTE DE LA MANCHA

### PRIMERA PARTE

1. Que trata del famoso y valiente hidalgo don Quijote de la Mancha . . . . .	5
2. Que trata de la primera salida del ingenioso don Quijote y la graciosa manera que tuvo en armarse caballero . . . . .	9
3. De lo que le sucedió a nuestro caballero cuando salió de la venta . . . . .	16
4. El escrutinio de los libros y la segunda salida de nuestro buen caballero . . . . .	23
5. La espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento y la estupenda batalla con el gallardo vizcaíno. . . . .	27
6. De lo que le sucedió a don Quijote con unos cabreros. . . . .	38
7. Donde se cuenta la desgraciada aventura de don Quijote con unos yangüeses y lo que le sucedió en una venta . . . . .	47
8. La batalla contra los polvorientos ejércitos, el cuerpo muerto y la aventura de los batanes . . . . .	59
9. La rica ganancia del yelmo de Mambrino y la libertad que don Quijote dio a muchos desdichados . . . . .	74
10. De la rara aventura que le sucedió al famoso don Quijote en Sierra Morena . . . . .	82

11. Los desdichados amores de Cardenio y Dorotea y el encuentro con la princesa Micomicona . . . . .	94
12. Que trata de la descomunal batalla de don Quijote con unos cueros de vino y otros raros sucesos . . . . .	111
13. Que trata de la heroica defensa del baciuelmo con otras feroces y ruidosas batallas acaecidas en la venta . . . . .	129
14. Donde se cuenta la última batalla en el camino y el regreso a casa del heroico caballero . . . . .	143

## SEGUNDA PARTE

1. De las visitas que recibió don Quijote y la preparación de la tercera salida . . . . .	157
2. Donde se cuenta la visita de don Quijote a su señora Dulcinea del Toboso . . . . .	168
3. La carreta de “Las Cortes de la Muerte” y la gran aventura del valeroso don Quijote con el bravo Caballero del Bosque . . . . .	178
4. El encuentro de don Quijote con el caballero del Verde Gabán y la feliz aventura de los leones . . . . .	191
5. Donde se cuenta la aventura de las ricas bodas de Camacho, con otros graciosos sucesos . . . . .	202
6. Donde se cuenta la gran aventura del valeroso don Quijote de la Mancha en la cueva de Montesinos . . . . .	211
7. Donde se cuenta la aventura del rebuzno y las adivinanzas del mono adivino . . . . .	219
8. Donde se da cuenta de quién era maese Pedro y el mal suceso del rebuzno . . . . .	228
9. La famosa aventura del barco encantado y el encuentro con la bella cazadora . . . . .	234
10. La manera de desencantar a la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras más famosas de este libro . . . . .	250
11. La carta de Sancho Panza a su mujer Teresa Panza y la jamás imaginada aventura de la barbada dueña Dolorida . . . . .	257

12. El vuelo sobre el caballo Clavileño y el feliz desencantamiento de las dueñas barbadas . . . . .	266
13. Los consejos que don Quijote dio a Sancho para gobernar la ínsula y la amorosa canción de Altisidora . . . . .	273
14. Donde se cuenta cómo el gran Sancho comenzó a gobernar la ínsula y el temeroso espanto cencerril y gatuno que recibió don Quijote . . . . .	281
15. El gobierno de Sancho Panza y el encuentro de don Quijote con doña Rodríguez. . . . .	290
16. Lo que le sucedió a Sancho rondando la ínsula y la carta que recibió su mujer, Teresa Panza . . . . .	299
17. El progreso de Sancho Panza en el gobierno de la ínsula y otros sucesos que ya se verán. . . . .	308
18. El fin del gobierno de Sancho y su regreso al castillo de los duques . . . . .	318
19. La descomunal batalla de don Quijote con el lacayo Tosilos y otras cosas que no hay más que ver . . . . .	326
20. De las grandes aventuras que don Quijote y Sancho encontraron a campo abierto. . . . .	332
21. El encuentro de don Quijote con Roque Guinart y su solemne entrada en Barcelona . . . . .	341
22. La cabeza encantada y la aventura de la hermosa morisca . . . . .	349
23. Que trata de la aventura más triste que sucedió a don Quijote . . . . .	358
24. La cerdosa aventura y la resurrección de Altisidora . . . . .	364
25. Que trata del regreso de don Quijote a su aldea . . . . .	373





## PRÓLOGO

### *Con el pie en el estribo de la muerte*

El martes 19 de abril de 1616 el célebre autor del *Quijote* se siente morir. «Mis pulsos acabarán su carrera antes del domingo», escribe desde el lecho. Al novelista le flaquean ya las fuerzas, pero tiene que rematar una obra y despedirse de este mundo. Con la mano que le quedó inútil en la batalla de Lepanto sujeta el papel, y con la diestra toma la pluma, la moja en la cazoleta de tinta y sigue escribiendo: «Ayer me dieron la extremaunción y hoy escribo esta. El tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan». No puede levantarse de la cama, está hinchado, tiene una sed insaciable, y Catalina, su mujer, entra en el aposento con otra jarra de agua. «Esta enfermedad no me la sanará toda el agua del mar Océano que dulcemente se bebiese. ¡Como si solo para beber hubiera nacido!», reflexiona el anciano escritor. No pierde el humor ni en sus horas finales. Y se afana por redactar las últimas líneas del prólogo de *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, una novela de amor sublime para los que gozan con la lectura de viajes, naufragios, raptos, cautiverios y fugas. «¡Adiós, gracias, adiós, donaires, adiós, regocijados amigos, que yo me voy muriendo», concluye. El tiempo se le acaba sin remedio, y tres días más tarde, el viernes 22 de abril de 1616, el escritor fallece en su casa de la madrileña calle Francos, rodeado de su esposa, su hija Isabel, su sobrina Constanza y la criada. Un día después es enterrado en el cercano convento de las monjas Trinitarias Descalzas, con el rostro descubierto y el hábito pardo de los franciscanos. El escritor más grande y admirado de todos los tiempos ha muerto en la pobreza, y sus restos pueden reposar en sagrado gracias a la ayuda prestada por la Orden Tercera franciscana.

*Una vida apurada y andariega*

Miguel de Cervantes había nacido en Alcalá de Henares a principios de octubre de 1547. Su padre era cirujano, un oficio modesto que consistía en hacer curas y componer huesos fracturados. Su madre pertenecía a una familia de campesinos acomodados, y, algo infrecuente en las mujeres, sabía leer y escribir. Miguel era el cuarto hijo entre siete hermanos, y la escasez de recursos económicos de sus padres probablemente le impidió cursar estudios en la Universidad. En 1566 residía con su familia en Madrid, donde llevaba una vida de amoríos, naipes y tertulias, sin oficio ni beneficio. Una noche de 1569 intervino en una disputa, hirió de una estocada al adversario y huyó a Sevilla antes de que el juez ordenara detenerlo, encarcelarlo y cortarle la mano derecha.

Pero Italia ofrecía un refugio más seguro, y el mismo año partió hacia Roma, ciudad donde se estableció unos meses al servicio del cardenal Acquaviva. Pronto, sin embargo, decidió cambiar el rumbo de su vida y se enroló en el ejército. El Imperio Turco constituía por entonces una grave amenaza para las potencias europeas del Mediterráneo, y en 1571 se preparó una flota cristiana de casi 300 barcos y más de 80.000 soldados para enfrentarse a los turcos. La escuadra otomana y la de la Santa Liga se encontraron el 7 de octubre de 1571 en el golfo de Lepanto, en Grecia. El combate fue muy cruento, pues en él murieron ocho mil cristianos y veinticinco mil turcos. El soldado Cervantes, de 24 años, enfermo y con fiebre, combatió con arrojo en *La Marquesa*, una galera rápida y bien preparada para el abordaje, hasta que cayó malherido de dos arcabuzazos en el pecho. Tardó medio año en reponerse en un hospital de Mesina, en Sicilia. Un tercer disparo le había dejado la mano izquierda inútil para siempre, pero como le quedaba la derecha para empuñar la espada, intervino después en varias campañas militares. Cansado, decidió regresar a España, pero el 26 de septiembre de 1575 el corsario Arnaute Mamí capturó la nave *El Sol* en la que viajaba el escritor y se lo llevó a Argel, donde penaban más de diez mil prisioneros. Cervantes intentó la fuga cuatro veces, con grave riesgo de su vida. Por fin, tras cinco años

y un mes de cautiverio, fue liberado después de que los frailes Trinitarios pagaran un rescate de 500 ducados que su madre había logrado reunir con muchos sacrificios.

De regreso a Madrid, no consiguió una pensión de mutilado ni un cargo en América. Vendió entonces por 120 ducados una novela pastoril, *La Galatea*, y estrenó ilusionado varias obras de teatro, género que despertaba pasiones en la época; pero un buen día llegó un mozo ingenioso y alocado, llamado Lope de Vega, y arrasó con unas comedias trepidantes y bien rimadas que ofrecían amores, estocadas, deshonras, héroes y villanos, tragedia y comedia fundidas... Pasada de moda su concepción clásica del teatro, Cervantes intentó imitar a Lope, pero fracasó, colgó la pluma y se ganó la vida como pudo. Era asiduo de la taberna del Asturiano, con cuya hija tuvo una niña, Isabel, nacida en otoño de 1584. Mientras tanto, en Esquivias, villa toledana llena de hidalgos con escudo en la puerta, conoció a Catalina de Salazar, heredera de unas viñas y tierras de cereal. Ella tenía 19 años y él, 37. Se casaron en diciembre de 1584 y se instalaron en Esquivias. La casona de los Salazar era espaciosa, con patio, despensa y bodega. En un balcón enrejado Cervantes pasaba las tardes leyendo libros de caballerías de los muchos que tenía un vecino llamado Quijano, hombre hidalgo, cincuentón, gran lector y amigo de la caza.

Pero Cervantes siempre fue un poco trotamundos. En 1587 abandonó su hogar, se domicilió en Sevilla y durante once años se dedicó a recorrer Andalucía con objeto de requisar trigo y aceite para la Gran Armada que el rey Felipe II estaba construyendo. En 1597 quebró el banco donde el escritor depositaba el dinero recaudado, y el juez lo metió en la cárcel real de Sevilla, donde se hacinaban dos mil canallas y desgraciados. Pero de nada servía lamentarse. Para sobrellevar los infortunios de la vida, lo más sensato era tomarse las cosas con buen humor y una actitud algo desengañada. En aquel infierno carcelario, al escritor se le ocurrió la idea de crear a un personaje que enloquece de tanto leer libros fantásticos.

En el verano de 1600 Cervantes abandonó Sevilla para siempre y se retiró a Esquivias. Allí se afanó en la escritura de *Don Quijote de la Mancha* y en la administración de los bienes de su mujer. En ju-

nio de 1604, con el libro recién terminado, se marchó con su familia a Valladolid, por entonces la capital del Reino. Al año siguiente la Corte se trasladó a Madrid, y con ella regresó también Cervantes a la ciudad en la que siempre acababa por recalar. El *Quijote*, publicado aquel año, le había dado más fama que dineros, pero el éxito obtenido con el libro le animó a trabajar con ahínco para remediar su situación económica, siempre precaria. De ese modo, en los últimos diez años de su vida escribió sin descanso novelas cortas, versos, entremeses, la segunda parte del *Quijote* y el *Persiles*. En casi todas aquellas obras abundaba el ingenio, la ironía, el realismo, la imaginación, el buen humor. Tal era la pasión de Cervantes por la literatura que, en el umbral de la muerte y con la pluma en la mano, aún pensaba en escribir una obrita titulada *Las semanas del jardín*.

### *Don Quijote de la Mancha*

En enero de 1605 se publicó en Madrid *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, y logró un éxito resonante. En pocas semanas se agotó la edición, y dos meses después se llevó a cabo una reimpresión; antes del verano se dieron a la prensa dos ediciones más en Lisboa y otras dos en Valencia, de las que Cervantes no recibió ni un real. La fama de un libro sumamente divertido y realista cruzó enseguida las fronteras. Para entonces, las figuras de don Quijote y Sancho eran tan conocidas que no faltaban nunca en el carnaval ni en las fiestas infantiles. Tal fue la popularidad de la novela que, en su segunda parte, el bachiller Sansón Carrasco dirá de la primera que «los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran».

Cervantes afirmó que don Quijote se había engendrado «en la cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento». Fue seguramente durante su prisión en Sevilla, en 1597. La primera idea pudo venirle a la mente al leer un cuento en el que un tipo llamado Bertoldo enloquece de tanto leer romances y creerse una figura heroica del romancero. De modo parecido, en la obra de Cervantes un hidalgo de los muchos que había en la Mancha se vuelve loco de remate de tan-

to leer libros de caballerías, hasta el punto de que, guiado por los nobles ideales de Amadís de Gaula y Palmerín de Oliva, sale armado a campo abierto, se hace ordenar caballero en una venta, libera luego a un muchacho a quien su amo azota cruelmente, es golpeado después por unos mercaderes, y, todo maltrecho, regresa a casa en compañía de un paisano. Aquí, en el capítulo ocho, terminaba probablemente el breve relato, pero Cervantes debió comprender que su personaje daba mucho juego, y planeó una segunda salida de don Quijote, esta vez acompañado de su «escudero» Sancho. Con él vive varias aventuras de las que sale invariablemente malparado, hasta que sus amigos el canónigo y el barbero lo llevan engañado y enjaulado de regreso al pueblo. La novela incluye, además, varias historias intercaladas y ajenas a la acción principal, como la de Marcela y Grisóstomo, la de «El curioso impertinente» y la del capitán cautivo en Argel.

Movido por el éxito de su obra, Cervantes se decidió a escribir una segunda parte, en la que narra la tercera salida del héroe para participar en unas justas en Zaragoza. En este segundo libro, sin embargo, el escritor renuncia a insertar otras historias y en ningún momento deja de la mano a sus dos protagonistas. En sus correrías por tierras aragonesas, don Quijote y Sancho van a parar al palacio de unos duques, que se burlan despiadadamente de la locura del caballero y de la rusticidad de su criado. Para mofarse de Sancho Panza, los duques lo nombran gobernador de una ficticia «Ínsula Barataria», pero en el desempeño del cargo Sancho demuestra una sabiduría y una prudencia poco comunes. Cansado de los afanes del poder, Sancho se reúne con don Quijote para reemprender su viaje a Zaragoza, y poco después amo y señor se alojan en una venta.

Pero justo cuando estaba escribiendo este episodio, perteneciente al capítulo 59, Cervantes se enteró de la publicación de un *Segundo tomo del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, cuyo autor era un tal Alonso Fernández de Avellaneda, un nombre falso. Ese libro significó un verdadero golpe bajo para el escritor. Le dolió el plagio y el robo de sus personajes, pero más aún que el usurpador lo calificara de «viejo y manco», como si Cervantes hubiera podido conseguir que el tiempo no pasara por él y su «manquedad hubiera

nacido en alguna taberna» y no en la más gloriosa batalla «que vieron los siglos pasados, los presentes ni esperar ver los venideros».

Había que responder al tramposo Avellaneda. Y Cervantes lo hizo con suma gracia y genialidad en el capítulo que estaba escribiendo y en otros posteriores. En la venta donde se hospedan, don Quijote y Sancho oyen a dos caballeros conversar sobre el libro de Avellaneda y sus protagonistas. Uno de los huéspedes, don Jerónimo, califica de «disparates» las cosas que en él se cuentan; el otro, don Juan, lamenta que el autor pinte a don Quijote «desamorado» de Dulcinea. El auténtico don Quijote se indigna con las mentiras de su falso historiador, y, para desenmascararlo, decide ir a Barcelona y no a Zaragoza, porque la aventura del falso Quijote que cuenta Avellaneda en esa ciudad está «falta de invención» y es «pobre de letras, aunque rica de simplicidades». Tras nuevas aventuras, amo y criado llegan a Barcelona, y una vez allí don Quijote es vencido en un combate por el Caballero de la Blanca Luna, que en realidad no es otro que su amigo Sansón Carrasco, disfrazado de caballero para lograr que don Quijote regrese a su pueblo. De vuelta a casa, el protagonista recobra la cordura y muere, ante las lágrimas y el desconsuelo de Sancho. Y para que en el futuro no surjan nuevos Avellanedas que «resuciten falsamente» al personaje, el cura pide al escribano que testimonie que «Alonso Quijano el Bueno ha muerto».

Al terminar su novela, Cervantes nos recuerda que su intención ha sido «poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías», un género muy en boga por entonces en el que se relataban aventuras increíbles con un estilo muy artificial y altisonante. El héroe de estas obras, enamorado siempre de una doncella de hermosura inigualable, lucha contra gigantes y ejércitos y ha de sobreponerse a los encantamientos de magos que le tienen envidia y ojeriza. Para demostrar el sinsentido y lo pernicioso de tales historias, Cervantes compone un libro en que enfrenta a su demente personaje con la vida real, tan diferente a las ficciones caballerescas, y hace que casi todas sus experiencias acaben desastrosamente. El héroe resulta ridículo desde su mismo nombre: si el caballero Lanzarote se llamaba así por su famosa lanza, don

Alonso Quijano se cambia su nombre por el de *Quijote* porque así se llama la pieza de la armadura que cubre el muslo, y porque la palabra rima con Lanzarote. Pero *-ote* es un sufijo despectivo, y a un lector de la época *don Quijote* debía sonarle a algo así como ‘don Muslerote’. Sus desgraciadas aventuras, lejos de procurarle honra y fama, lo convierten en un personaje risible, tan divertido como su inseparable acompañante Sancho. Pero don Quijote es también un hombre valiente, bondadoso, lleno de ideales y que cree a ciegas en el amor, la libertad y la justicia. Es un héroe loco, pero «entreverado de cuerdo», porque a menudo expresa verdades como puños y admirables pensamientos sobre la vida, las personas y la sociedad. Por eso la risa que nos provocan muchas de sus aventuras se convierte en pena o tristeza cuando reflexionamos sobre la desdichada suerte que corre un personaje de tan buen corazón.

La fisonomía de don Quijote, un hombre de figura huesuda, seca de carnes y enjuta de rostro, se correspondía, según la medicina de la época, con una persona de temperamento imaginativo y colérico, y dada a la locura. Sancho Panza, por el contrario, es muy grueso y de baja estatura, y esa fisonomía era la propia de los tipos con un carácter pacífico. Sancho es también zafio, materialista y, como su apellido indica, glotón, rasgos que lo convierten en un personaje cómico. No es cobarde, sino prudente y práctico. Los dos figuras de facha tan contrastada encarnan dos actitudes opuestas: don Quijote es idealista, imaginativo, temerario, culto; Sancho, en cambio, es realista, pragmático, cauto, analfabeto. Pero ninguno de ellos es un personaje plano, y, menos aún, el rústico escudero, que en numerosas ocasiones da muestras de su agudeza, su sentido común y su sabiduría popular. La fidelidad y el afecto que le profesa a su amo le hacen evolucionar y aun contagiarse del espíritu aventurero e idealista de don Quijote; tanto es así que, cuando este se halla al borde de la muerte, Sancho le ruega que se recupere y se levante de la cama, pues ambos tienen que ir «al campo, vestidos de pastores, como tenemos concertado; quizá tras alguna mata hallaremos a la señora Dulcinea desencantada, que no haya más que ver». Ambos personajes se complementan, se quieren y se necesitan. No son nada el uno sin el otro.



Pero los dos se influyen mutuamente a lo largo de la novela: Sancho se «quijotiza», pero su amo también se «sanchiza».

El *Quijote* es una novela de viaje, pues el caballero de la Mancha recorre el mundo decidido a socorrer a los menesterosos, liberar a doncellas en apuros, consolar a viudas y deshacer tuertos. Pero es también una novela de aventuras, pues en ella se producen muchos encuentros, lances, travesuras, desafíos, escaramuzas y batallas. Tiene asimismo rasgos de novela de amor, un amor idealizado, sublime y constante, como el que don Quijote siente por Dulcinea; pero en ella se describen también otras relaciones amorosas, unas felices, otras trágicas: los amores de Cardenio y Luscinda, perseguidos por un rico desalmado, el amor del desesperado Grisóstomo por Marcela... De igual modo, la obra nos pinta el amor desprovisto de romanticismo, como el de Sancho por su esposa Teresa y su hija; o el sincero afecto del ama a su señor y de la sobrina a su tío. En la novela se valora mucho la amistad: entre don Quijote y Sancho; entre el cura, el barbero y el bachiller Sansón Carrasco y su vecino el hidalgo. En su odisea, don Quijote deja buenos amigos en muchas partes: los duques, los burgueses de Barcelona...

El *Quijote* es una novela costumbrista, que refleja la vida cotidiana en la España de 1600. Hay en ella bodas, procesiones, fiestas y monterías; infinidad de objetos caseros, como camas y camastros, vendas y bálsamos, vajillas de oro y botas de vino, atuendos, viandas y guisos: bellotas, cebollas, pan, quesos, vinos, truchas... Los ambientes son variados: ventas, caminos, descampados, montañas, palacios, casas de labradores ricos o burgueses catalanes... Cientos de personajes representan la rica diversidad social de la época: cabreros, clérigos, labradores, estudiantes, criadas, dueñas y doncellas, venteros, guardias de la Santa Hermandad, bandidos, arrieros, duques, médicos, notarios, impresores, cómicos ambulantes... Hay, incluso, alusiones a hechos históricos, como la expulsión de los moriscos, el bandolerismo catalán o la vida en las prisiones de Argel, que Cervantes conocía de primera mano.

El *Quijote* es una novela de novelas, pues no solo parodia los libros de caballerías sino que incluye una novelita psicológica, otra pas-

toril, otra morisca. Y es que Cervantes concebía la novela como un género en el que cabían versos, cuentos, discursos...

El *Quijote* es, en fin, una novela «total» porque todas las definiciones anteriores le convienen, pero ninguna le basta. No solo da cabida a diversos géneros, sino que admite interpretaciones complementarias: idealismo y realismo, locura y cordura, entretenimiento y gravedad, comicidad y tragedia. La obra nos muestra la complejidad del mundo y de la vida, cuyo sentido puede solo explicarse desde distintas perspectivas. Por eso propone una visión tolerante y comprensiva, una vacuna contra el dogmatismo.

### *Esta adaptación*

Si ya don Quijote advertía al bachiller Sansón Carrasco que su historia tendría «necesidad de comentario para entenderla», ¿qué decir hoy? Para paliar las dificultades de lectura por parte de los estudiantes, no basta una edición acribillada con miles de notas, pues ¿quién puede gozar de un libro si cada dos líneas tiene que consultar el sentido de lo que se lee? Se impone, pues, editar un *Quijote* ágil, para lo cual hemos vertido la extensa obra de Cervantes en un molde menor, resumiendo algunos pasajes, pero sin que se eche de menos nada esencial, de modo que pueda decirse que aquí está todo el *Quijote*, sin que falte aventura, batalla, peripecia, discurso o *personaje*, que decía Sancho. Nuestro afán de ser fieles al original explica la decisión de conservar las interpolaciones, como la historia del cautivo o la *Novela del curioso impertinente*. Y es que Cervantes concebía el arte de novelar como un ejercicio de «escritura desatada» y consideraba la variedad como un valor artístico de primer orden, de ahí que incorporase cuentos y poemas en sus novelas para acercarse al ideal de una obra en que cupiese todo. Si nos limitáramos a resumir la acción principal del *Quijote*, traicionaríamos el espíritu de la novela. Por eso hemos conservado pasajes y diálogos que, pese a no contribuir al avance de la trama, permiten forjarse una cumplida idea del la obra, porque revelan su complejidad narrativa, sirven para caracterizar a los personajes o nos ayudan a entender el pensamiento lite-

rario de Cervantes. Reproducimos, por ejemplo, aunque abreviados, los brillantes discursos del protagonista sobre la edad de oro y las armas y las letras, que demuestran que el personaje no es tan solo un loco visionario, sino también un hombre cultivado y capaz de lúcidas reflexiones. Y es que, además de una lectura amena, ágil y fluida, pretendemos que esta versión sea un instrumento útil para el conocimiento cabal del *Quijote*.

Nuestra adaptación reduce la novela de Cervantes a una tercera parte de su extensión total. De los cambios realizados, el más evidente es la redistribución de los 52 capítulos de la primera parte y los 74 de la segunda en 14 y 25, respectivamente. A veces se consigue así una unidad episódica, como al reunir en uno los siete primeros capítulos iniciales de la segunda parte, que tratan de la convalecencia de don Quijote, las visitas que recibe el héroe y la preparación de la tercera salida. Por lo que se refiere a la escritura del texto, hemos tratado de conservar el tono y la resonancia de la frase característicos del lenguaje cervantino y de reflejar su enorme variedad de registros, por lo que hemos reproducido tanto el altisonante y libresco de don Quijote como los barbarismos del vizcaíno, el habla rústica de las aldeanas, los latinismos, prevaricaciones lingüísticas o los denuestos. Con el ánimo de facilitar la lectura, hemos practicado también una prudente actualización sintáctica, reduciendo enumeraciones y abreviando la oración, pero conservando siempre la resonancia del ritmo original. En todo caso, el lector siempre podrá localizar con facilidad el pasaje del original cervantino a que corresponde cada página de la adaptación, ya que en la parte superior de las páginas pares se indica el capítulo o capítulos del *Quijote* a que pertenece el texto impreso en de dicha página.

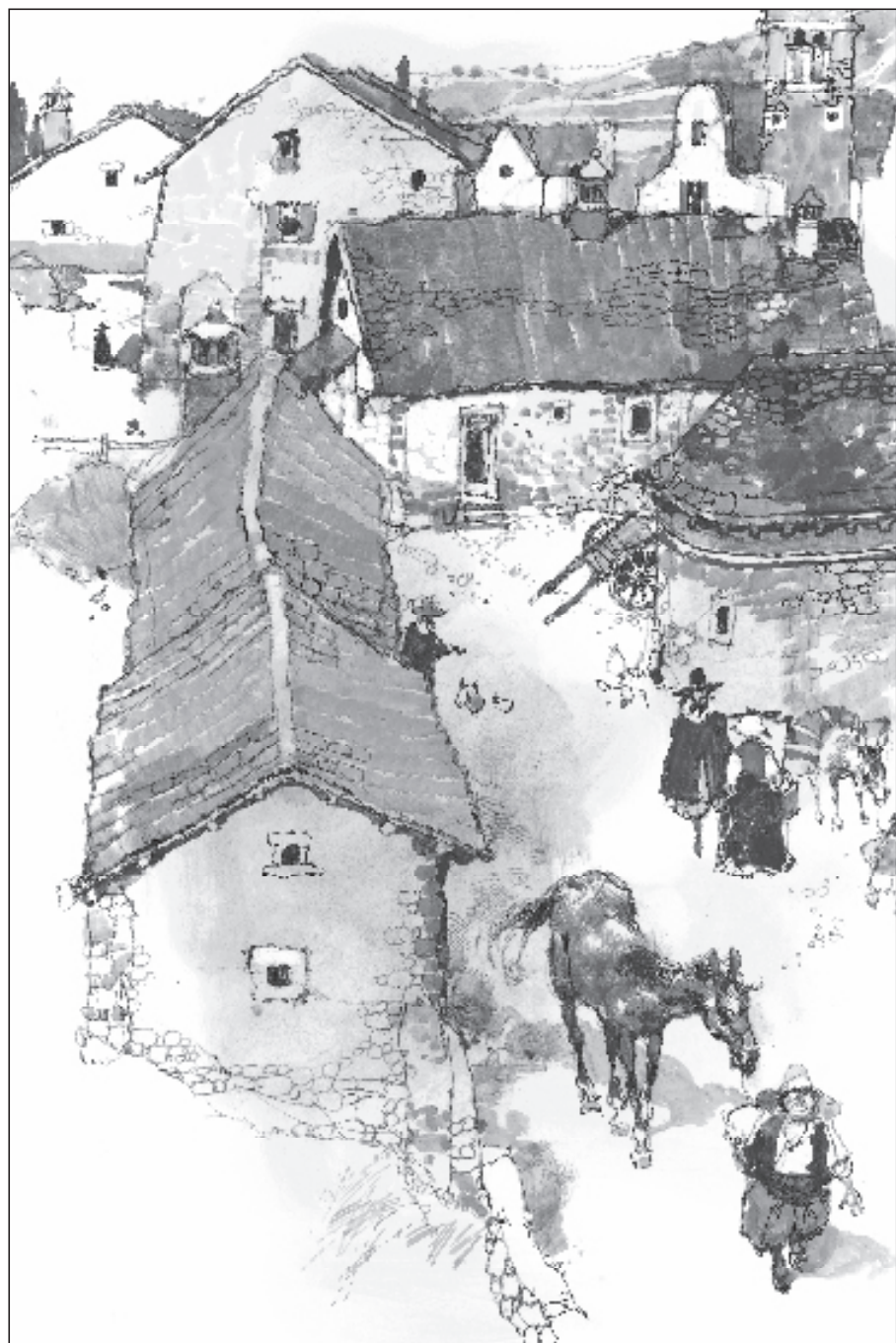
# DON QUIJOTE DE LA MANCHA





# PRIMERA PARTE





*Que trata del famoso y valiente hidalgo  
don Quijote de la Mancha*

En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme, vivía no hace mucho tiempo un hidalgo de los de lanza en astillero, escudo antiguo, rocín flaco y galgo corredor.<sup>1</sup> En su casa se comía más vaca que carnero, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes y algún palomino los domingos.<sup>2</sup> Tenía un ama que pasaba de los cuarenta años, una sobrina que no llegaba a los veinte y un criado que servía para todo. Nuestro hidalgo rondaba los cincuenta, y era de constitución recia, seco de carnes, enjuto de rostro,<sup>3</sup> gran madrugador y amigo de la caza. Se apellidaba “Quijada”, o “Quesada”, pues en esto hay alguna diferencia entre los autores que escriben sobre él, aunque según parece se llamaba “Quejana”. Pero esto importa poco a nuestra historia: basta con que la narración no se salga un punto de la verdad.

En los ratos que estaba ocioso, que eran los más del año, este nuestro hidalgo se dedicaba a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó el ejercicio de la caza y la administración de su hacienda. Y a tanto llegó su desatino, que vendió algunas tierras de sembradura para comprar aquellos libros. Los que más le entusiasmaban eran los de Feliciano de Silva,<sup>4</sup> sobre todo cuando

---

1 *lugar*: aldea; *astillero*: estante para dejar la lanza; *rocín*: caballo viejo o flaco.

2 El *hidalgo* (‘noble del más bajo rango’) de la novela no tiene mucho dinero: come carne de vaca porque era más barata que la de carnero. En Castilla, los cristianos se abstendían de probar la carne los sábados, día en que el protagonista come *duelos y quebrantos* (‘huevos con tocino’). Por otro lado, los hidalgos solían tener un palomar, privilegio que les permitía regalarse de vez en cuando con un pichón (*palomino*).

3 *enjuto*: ‘delgado’. En la época, se creía que los delgados eran coléricos y soñadores.

4 Feliciano de Silva continuó la famosa novela de caballerías *Amadís de Gaula*.



leía pasajes con desafíos y requiebros<sup>5</sup> como este: “La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura”. El pobre caballero perdía el juicio por desentrañarles el sentido, que en verdad no se lo sacara el mismo Aristóteles si resucitase solo para ello. Pero, lejos de desanimarse, se enfrascó tanto en la lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro<sup>6</sup> y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro y perdió el juicio. Se le llenó la fantasía de todos los encantamientos, batallas, desafíos, heridas, amores y demás disparates imposibles que leía, y llegó a creer que eran verdad todas aquellas invenciones. Y así, rematado el juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció necesario hacerse caballero andante e irse por el mundo con sus armas y caballo a buscar aventuras como las que se contaban en los libros, de manera que, deshaciendo toda clase de agravios<sup>7</sup> y venciendo grandes peligros, ganase eterno nombre y fama. Ya se imaginaba coronado rey de un imperio por el valor de su brazo, y, con estos agradables pensamientos, se dio prisa en hacer lo que deseaba.

Y lo primero que hizo fue limpiar una armadura de sus bisabuelos que, cubierta de orín<sup>8</sup> y moho, estaba olvidada desde hacía siglos en un rincón. Luego convirtió el morrión en celada<sup>9</sup> atándole una visera hecha con cartones, de manera que le protegiese el rostro de las cuchilladas. Para probar su resistencia, sacó la espada y le dio dos golpes, y ya con el primero deshizo lo que le había costado una semana. La volvió a hacer de nuevo poniéndole unas barras de hierro por dentro, y esta vez le pareció una celada finísima, y quedó muy satisfecho de su fortaleza, aunque no quiso probarla.

---

5 *requiebro*: piropo, elogio de la belleza.

6 *de claro en claro*: de un tirón.

7 Es decir, ‘reparando todo tipo de ofensas’.

8 *orín*: capa rojiza que cubre un metal oxidado.

9 *morrión*: casco; *celada*: casco con una visera que protege la cara. Don Quijote se viste con una armadura muy antigua, lo que causará el asombro y la risa de todo el mundo.



Fue luego a ver su caballo, que era todo piel y huesos, aunque le pareció mejor que el Babieca del Cid. Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le había de poner, porque un caballo tan bueno y de un caballero tan famoso no podía estar sin nombre conocido. Después de muchos que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y volvió a hacer, lo llamó al fin “Rocinante”, nombre, a su parecer, alto, sonoro y significativo de que había sido rocín antes de lo que era ahora: el mejor caballo del mundo. Luego tardó otros ocho días en buscarse un nombre a sí mismo, hasta que dio en llamarse “don

Quijote”, por lo que los autores de esta verdadera historia suponen que se llamaba Quijana, y no Quesada, como afirman otros. Pero acordándose de que Amadís<sup>10</sup> no se había contentado con llamarse Amadís a secas, sino que había añadido a su nombre el de su patria para hacerla famosa, y se llamó Amadís de Gaula, así él quiso llamarse “don Quijote de la Mancha”, nombre con el que a su parecer declaraba muy al vivo su patria y la honraba.<sup>11</sup>

Limpias, pues, sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre al rocín y a sí mismo, solo le faltaba ya una dama de quien enamorarse, porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin frutos, y cuerpo sin alma. Se decía:

—Si me encuentro por ahí un gigante, y lo venzo, lo enviaré a mi dulce señora para que le diga: “Yo soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Malindrania,<sup>12</sup> a quien venció el jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha. Disponed de mí como os plazca, señora”.

¡Lo que disfrutó nuestro caballero cuando encontró a quién hacer su dama! Y es que en un lugar cercano había una moza labradora de muy buen ver, de la que había estado enamorado algún tiempo. Se llamaba Aldonza Lorenzo, pero él le buscó un nombre que tirase al de princesa, y la llamó “Dulcinea del Toboso”, porque era natural del Toboso: nombre, a su parecer, músico, peregrino<sup>13</sup> y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto.

---

10 Amadís de Gaula era el más famoso caballero andante de la literatura española. Su historia se cuenta en una novela publicada hacia 1496.

11 Recordando sin duda el nombre del caballero Lanzarote, alusivo a su lanza, don Quijote da en llamarse así porque el *quijote* era la pieza de la armadura que cubría el muslo. El resultado es cómico: algo así como “don Muslerote de la Mancha”.

12 Don Quijote llama *ínsulas* a las *islas* imitando el estilo de los libros de caballerías.

13 *peregrino*: raro, exótico.

## SEGUNDA PARTE





*De las visitas que recibió don Quijote  
y la preparación de la tercera salida*

Cuenta Cide Hamete Benengeli en la segunda parte de esta historia que el cura y el barbero estuvieron casi un mes sin ver a don Quijote por no traerle a la memoria las cosas pasadas, pero no dejaron de visitar al ama y a la sobrina para encargales que lo cuidaran y le dieran de comer cosas apropiadas para el corazón y el cerebro. Y cuando se enteraron de que iba dando muestras de estar en su entero juicio, decidieron al fin ir a visitarlo y comprobar su mejoría. Pero antes acordaron no tocarle en ningún punto de la andante caballería, para no descoser la herida, que tan tierna estaba.<sup>1</sup>

El cura y el barbero encontraron a don Quijote sentado en la cama, vestido con una almilla de bayeta verde y un bonete colorado, y tan seco y amojamado,<sup>2</sup> como carne de momia. Él los recibió muy bien, y cuando le preguntaron por su salud, respondió con mucho juicio y con muy elegantes palabras. Luego los tres conversaron sobre los modos de gobierno, y don Quijote habló con tanta discreción que los dos examinadores creyeron sin ninguna duda que estaba en su entero juicio. Se hallaban presentes durante esta plática la sobrina y el ama, que no se hartaban de dar gracias a Dios de ver a su señor con tan buen entendimiento.

Pero para comprobar si la sanidad de don Quijote era verdadera o falsa, el cura contó que el Turco se había hecho a la mar con una poderosa armada<sup>3</sup> y se dirigía a no se sabía dónde, y que toda la cristiandad estaba con gran temor.

---

1 Es decir, para no reavivarle la locura.

2 *almilla*: especie de camiseta de manga corta que usaban los ancianos para dormir; *bayeta*: lanilla, felpa; *bonete*: gorro; *amojamado*: flaco y arrugado.

3 Los barcos de guerra del imperio turco estaban recorriendo el Mediterráneo.

—¡Cuerpo de tal! —dijo entonces don Quijote—. ¡Que Su Majestad siga mi consejo y mande juntarse en la corte a todos los caballeros andantes que vagan por España! Aunque media docena bastaría para destruir el poderío del Turco, porque, ¿sería una novedad que un solo caballero andante deshiciera un ejército de doscientos mil hombres? ¡Si Amadís de Gaula viviera...! Pero hay otro caballero que no le es inferior en ánimo: Dios sabe a quién me refiero, y no digo más.

—¡Ay! —dijo la sobrina—. ¡Que me maten si no quiere mi señor volver a ser caballero andante!

A lo cual replicó don Quijote:

—Caballero andante he de morir. Y lo repito: Dios me entiende.

El cura dijo para sí: «Dios te tenga de su mano, pobre y loco don Quijote», y, en la larga plática que siguió, nuestro hidalgo elogió aquellas edades de oro en que los caballeros andantes campeaban por el mundo, batallando por la defensa de los reinos y el amparo de las doncellas.

—Pero ahora triunfan la pereza, la ociosidad y el vicio —añadió—. En esta depravada edad nuestra ya no hay caballeros de intrépido corazón. ¿Dónde están Amadís, Tirante el Blanco o el bravo Rodamante? Caballeros como ellos hacen falta para parar al Turco, y no seré yo quien se quede en casa.

En esto se oyeron grandes voces en el patio. Eran del ama y de la sobrina, que impedían a Sancho Panza la entrada en la casa.

—¿Qué buscas aquí, perdido? Vete a tu casa, que tú eres el que desquicia a mi señor y lo lleva por esos andurriales.

—Ama de Satanás —respondió Sancho—, fue tu amo el que me llevó por el mundo con la promesa de darme una ínsula.

—Malas ínsulas te ahoguen, Sancho maldito —dijo la sobrina—. ¿Y qué son ínsulas? ¿Alguna cosa de comer, golosazo, que eres un comilón?

—No es de comer —replicó Sancho—, sino de gobernar.

—Es igual —dijo el ama—, porque aquí no entras, saco de males. Vete a gobernar tu casa y a labrar tu tierra, y déjate de ínsulas y de ínsulos.





El cura y el barbero oyeron divertidos el coloquio de los tres hasta que don Quijote mandó que dejasen entrar a su escudero. Entró Sancho, y entonces el cura y el barbero se despidieron de don Quijote, desalentados después de comprobar con cuánta facilidad daba en desvaríos.

Don Quijote se encerró con Sancho en su aposento y le dijo:

—Mucho me pesa, Sancho, que hayas dicho que fui yo el que te saqué de tus casillas,<sup>4</sup> porque juntos salimos de casa y juntos peregrinamos; la fortuna ha sido la misma para los dos, solo que, si a ti te mantearon una vez, a mí me han molido ciento.

—Eso era justo —respondió Sancho—, porque las desgracias son más propias de los caballeros andantes que de los escuderos.

—Te engañas, Sancho, porque todo el mal que a ti te hacen me duele a mí en el cuerpo.

—Pues cuando a mí me manteaban se estaba mi señor detrás de la tapia, mirándome volar por los aires, sin sentir dolor alguno...

—¿Acaso crees que no me dolió cuando te manteaban? Ni lo digas ni lo pienses, porque más dolor sentía yo entonces en mi espíritu que tú en tu cuerpo. Pero dejemos esto y dime, Sancho amigo, ¿qué dice la gente de mi valentía y de mis hazañas? Habla libremente y sin rodeo.

—Pues la gente tiene a vuestra merced por grandísimo loco, y a mí por mentecato.

—Siempre se ha calumniado a los buenos... ¿Hay algo más?

—Aún falta lo peor. Anoche llegó de Salamanca hecho bachiller Sansón Carrasco y me dijo que la historia de vuestra merced andaba ya en libros con el título de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*; y que me mencionan por mi nombre, y a la señora Dulcinea del Toboso, y otras cosas que pasamos los dos a solas. Me hago cruces cómo las llegó a saber el historiador que las escribió.

—Debe de ser algún sabio encantador.

—Según dice el bachiller Sansón Carrasco, el autor de la historia se llama Cide Hamete Berenjena.

---

4 *te saqué de tus casillas*: 'te enloquecí', y también 'te saqué de tu humilde hogar'.

—Ese nombre es de moro —respondió don Quijote—. “Cide”, en arábigo, quiere decir ‘señor’.

—Así será —respondió Sancho—, porque he oído decir que los moros son amigos de berenjenas. Si quiere, iré en volandas a buscar al bachiller para que le informe de todo.

—Será un placer recibirle, amigo Sancho.

Muy pensativo quedó don Quijote mientras esperaba la llegada del bachiller Carrasco, porque no podía entender que ya anduvieran impresas sus altas caballerías cuando aún no estaba seca en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos que había muerto. Le desconsoló pensar que el autor era moro, porque de los moros no se podía esperar verdad alguna, pues todos son mentirosos e inventores de falsedades, y temía que hubiese tratado sus amores con alguna indecencia que perjudicase la honestidad de su señora Dulcinea del Toboso. Y así, dándole vueltas a estas y otras imaginaciones, lo hallaron Sancho y Carrasco, a quien don Quijote recibió con mucha cortesía.

Aunque se llamaba Sansón, el bachiller no era muy grande de cuerpo;<sup>5</sup> tendría unos veinticuatro años, y era de color macilento,<sup>6</sup> carirredondo, de nariz chata y de boca grande, señales todas de ser malicioso y amigo de burlas, como lo demostró poniéndose de rodillas ante don Quijote.

—¡Señor don Quijote de la Mancha, vuestra merced es uno de los más famosos caballeros andantes que ha habido en toda la redondez de la tierra!

Le hizo levantar don Quijote y dijo:

—¿Es verdad que hay una historia mía escrita por un sabio moro?

—Es tan verdad, señor —respondió Sansón—, que están impresos más de doce mil libros en Portugal, Barcelona, Valencia y Amberes.<sup>7</sup> Y creo que no habrá nación ni lengua donde no se traduzca.

5 Como se sabe, el Sansón de la Biblia era un guerrero hebreo muy alto, corpulento y forzado.

6 *macilento*: pálido.

7 Por lo que sabemos, cuando Cervantes publicó la segunda parte del *Quijote*, en 1615, se habían impreso al menos nueve ediciones de la primera.

—Dígame, señor bachiller —dijo a esta sazón Sancho—, ¿está en el libro la aventura de los yangüeses, cuando a nuestro buen Rocinante se le antojó pedir cotufas en el golfo?<sup>8</sup>

—No olvidó nada el sabio autor —respondió Sansón—. Todo lo dice, hasta las cabriolas que el buen Sancho hizo en la manta.

—Las cabriolas no las hice en la manta, sino en el aire.

—Con todo —añadió el bachiller—, dicen algunos que el autor debía haber ocultado los infinitos palos que recibió el señor don Quijote.

—Así es —dijo don Quijote—. Podían haberlos callado, porque no se debe escribir las acciones que no alteran la verdad de una historia.

—Pero una cosa es escribir como poeta —replicó Sansón—, y otra como historiador. El historiador ha de escribir las cosas como fueron, sin añadir ni quitar nada a la verdad.

—Pues entonces —dijo Sancho—, el moro habrá metido entre los palos de mi señor los que yo recibí, que aún los siento en las costillas.

—Callad —dijo don Quijote—, y no interrumpáis al señor bachiller.

—Pero yo soy uno de los principales presonajes de la historia...

—*Personajes*, que no *presonajes*, Sancho amigo —dijo Sansón.

—¿Otro que me reprocha voquibles?<sup>9</sup> —dijo Sancho—. Acabáramos.

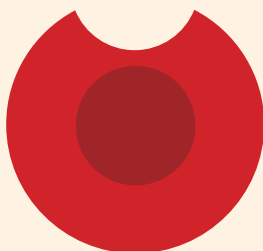
—El caso es que la historia de don Quijote —continuó Sansón— es sabida por todo género de gentes, que los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran. Claro que algunos han acusado al autor de olvidar ciertos sucesos, pues no cuenta qué hizo Sancho con los cien escudos que halló en Sierra Morena dentro de la maleta.

—Yo me voy, señor Sansón, que necesito dos tragos de vino añejo porque tengo el estómago desfallecido.

---

8 Es decir, 'pedir lo imposible'.

9 Esto es, *vocablos*, palabra que Sancho desconoce y, por lo tanto, deforma.



Cervantes escribió el *Quijote* con la intención de parodiar los libros de caballerías, que consideraba simples sartas de disparates desprovistas de todo interés. Para conseguir su propósito, ideó la historia de un hidalgo aldeano que enloquece de tanto leer las inverosímiles hazañas de héroes como Amadís y Palmerín, y que, al igual que los caballeros andantes, se echa a los caminos con el noble afán de ayudar a los necesitados. En compañía del afable y crédulo Sancho Panza, don Quijote participa en una serie de delirantes aventuras que provocan la hilaridad del lector. Sin embargo, el *Quijote* es mucho más que una simple novela humorística, pues constituye una lección magistral sobre la grandeza y la miseria de la condición humana. De la mano de un héroe que obra como un loco pero que a menudo razona con admirable cordura, Cervantes nos revela la importancia de los ideales, nos ilustra sobre el valor de la libertad y la justicia, nos advierte de que no siempre es fácil distinguir la realidad de la apariencia y nos anima a creer en una literatura que, al tiempo que nos distrae, nos enseña a vivir y nos ilumina el espíritu.

Con el propósito de que los más jóvenes se acerquen a la obra maestra de Cervantes, el novelista Eduardo Alonso ha compuesto una cuidada y respetuosa adaptación del *Quijote*, que recrea con fidelidad el estilo cervantino y da testimonio de la extraordinaria variedad literaria del original. La adaptación no solo recoge todos los episodios de la obra, sino también los relatos intercalados, las arengas del protagonista o las digresiones sobre los libros de caballerías.